

REARTES DIANA (2014). *Migración y sexualidad. Procesos migratorios, jóvenes indígenas e implicaciones en la sexualidad y la reproducción en los Altos de Chiapas*. Rosario: Protohistoria Ediciones; Chiapas: CESMECA-Centro de Estudios Superiores de México y Latinoamérica, 240pp.

Raquel Drovetta*

La antropóloga rosarina radicada hace dos décadas en México, publica una nueva investigación, en este caso realizada en el sur de México. Su objetivo es reconstruir los significados que las y los jóvenes indígenas migrantes, atribuyen a las implicaciones del fenómeno migratorio en el ámbito de la sexualidad y la reproducción, durante su trayectoria vital. *Migración y Sexualidad* es un estudio realizado en Los Altos, una de las nueve regiones socioeconómicas del Estado de Chiapas. La región concentra el mayor número de hablantes de lenguas indígenas por espacio geográfico de México y en su mayoría se trata de hablantes monolingües, con reducidas oportunidades educativas, laborales y de atención a la salud. En este sentido, la autora presenta elementos contextuales que permiten tener noción del alcance de las políticas públicas dirigidas a la población juvenil en México en relación a sexualidad y reproducción, que, volcadas al contexto local, son resignificadas.

El estudio fue dirigido a estudiar a la población joven que se desplaza de sus comunidades de origen, para estudiar y/o trabajar. La variable étnica y la

* CONICET/ Universidad Nacional de Villa María (UNVM). Contacto: raqueldrovetta@yahoo.com.ar

edad, además del género, se conjugan en este libro para dar cuenta de la sumatoria de complejidades en que se desenvuelven las y los jóvenes, definiendo así un *contexto de vulnerabilidad social*. Una de las argumentaciones centrales del estudio es que los contextos de vulnerabilidad social (en plural) descriptos, permiten conocer cómo se desarrollaron los proyectos de vida de las y los jóvenes, tanto en el contexto de origen como en el de recepción. Esta posibilidad refuerza la idea de que la vulnerabilidad a la que está expuesta una persona no desaparece cuando migra, por el contrario, es su origen étnico, su género, su pertenencia generacional, su biografía, entre otros aspectos, como sostiene Reartes, los que contribuyen a acrecentar las vulnerabilidades en estos jóvenes.

Es necesario añadir que las y los jóvenes que participan del estudio son parte de la generación zapatista, quienes eran niños cuando en 1994 emergió la revolución.

Diana Reartes describe a través del relato de las y los protagonistas, cómo perduran en la región, estrategias de unión de parejas como *el pedido de la novia* y *el pago de la novia*, e incluso los matrimonios arreglados. Dichas prácticas (y otras) deben ser entendidas en el contexto, pero, sin embargo, no escapan a la lógica funcional del control y ordenamiento de la sexualidad femenina. En relación a esto, la investigadora muestra cómo la migración complejiza las formas de relación establecidas por estos jóvenes y su vinculación con la sexualidad y la reproducción. La persistencia de prácticas de unión de tipo tradicional coexiste con las nuevas realidades vividas por las y los jóvenes en el contexto de recepción de la migración, consecuentemente, la

multiplicidad de experiencias posibles de vivir se amplía notablemente. De allí que aun cuando los condicionantes a la acción individual en parte sean resultado de una socialización temprana en roles de género fuertemente diferenciados, esto no impide a las y los jóvenes, ir más allá de lo que hubiera sido esperado hace sólo una década. La migración y el contacto con nuevos contextos es el impulso para la vivencia de nuevas experiencias, e implica cambios notables en aspectos de la trayectoria sexual y reproductiva juvenil.

En relación al contexto, San Cristóbal de Las Casas es descripta como polo de atracción de la migración interna, en tanto posteriormente a 1994, concentra oportunidades que no se hallan al interior del Estado. Además de la cercanía de estos jóvenes a sus lugares de origen, la ciudad concentra una sustancial oferta educativa, incentivos económicos para afrontar los estudios y posibilidades de constar con redes de apoyo familiares o de amistad. También ofrece oportunidades de conseguir trabajo, y consecuentemente cierta estabilidad para los proyectos de vida.

El abordaje metodológico que realiza Reartes se concentra en la búsqueda e interpretación de sentidos y significados atribuidos por estos jóvenes migrantes a eventos de sus trayectorias sexuales y reproductivas.

La sólida indagación en campo, desarrollada en etapas durante 2007 al 2011, supuso la interpretación de los datos a través de instrumentos de la investigación cualitativa, entre los que destacan las entrevistas grupales e individuales. Cada etapa tuvo como objeto centrar la atención y el trabajo en un grupo informante de jóvenes, con particulares características: los dos primeros grupos conformados por jóvenes migrantes de las regiones de los Altos y la

Selva que se trasladaron a San Cristóbal de Las Casas a estudiar o a trabajar, en ambos casos como migrantes internos. Si bien la migración interna ha sido histórica para los habitantes de la región, esta se ha visto acelerada por la emergencia de conflictos religiosos y políticos, el agravamiento de las malas condiciones económicas, además del conflicto armado y la represión militar implementada a partir de 1994, eventos que han impulsado movimientos de migración forzada. Un tercer grupo de estudio analizados por la investigadora está conformado por jóvenes del pueblo Chamula, migrantes a Estados Unidos que regresaron y se establecieron en San Cristóbal de Las Casas. Esta movilidad externa, de migrantes chiapanecos a EEUU es un fenómeno más reciente, y se acelera a partir del año 2000.

Las y los jóvenes participantes en términos generales son solteros, con un promedio de edad de 18 años, las religiones profesadas son católica y evangélica, y el origen es fundamentalmente los pueblos tsotsil y tzeltal.

Los jóvenes que migraron con el objetivo de estudiar en San Cristóbal de Las Casas, constituyen una minoría en relación a la realidad de la juventud indígena en México, quienes en su mayoría no continúan su educación formal más allá de la primaria o la preparatoria.

Entre ellos, es menos frecuente aun en las mujeres indígenas, quienes transitan por numerosas dificultades y deben afrontar mayores retos para permanecer en la educación formal, perpetuándose así las desigualdades sociales. Consecuentemente, constituye un hallazgo importante el de Reartes, cuando da voz a los testimonios de mujeres indígenas que cursan estudios superiores en San Cristóbal de Las Casas.

A esta permanencia en el sistema educativo contribuyen políticas estatales como el programa de incentivos Oportunidades, y otros programas destinados exclusivamente a apoyar jóvenes indígenas, así como la apertura de establecimientos educativos tanto estatales como privados. La apertura de centros universitarios, conjugados a los programas de becas gubernamentales y no gubernamentales en los últimos diez años, ha permitido que estudiantes indígenas se inserten en un número acotado de carreras disponibles. Se evidencia que el acceso a educación formal implica cambios a nivel de la trayectoria vital, incluyendo la sexualidad y la reproducción, los cuales son claramente consignados en la investigación.

La autora señala que continuar estudiando más allá de la educación media, constituye una práctica reciente y que supone grandes sacrificios, entre ellos superar el monolingüismo, la lejanía del hogar, y la necesidad de hacer grandes esfuerzos para obtener calificaciones que le permitan perdurar en la institución. Los principales resultados del análisis de los testimonios brindados por este grupo, señalan el reconocimiento que las y los jóvenes tienen acerca de las ventajas que implican permanecer en la escuela: retraso de la edad de unión y del primer hijo, y el surgimiento de la etapa del noviazgo como período previo a la unión matrimonial, así como las prácticas sexo-afectivas vinculadas a este.

La investigadora también destaca un punto importante en el relato de las y los jóvenes, y es la valoración otorgada a los centros educativos como ámbito para la constitución de las relaciones afectivas y sexuales entre varones y mujeres. Una serie de acontecimientos se ordenan a consecuencia de establecer allí los primeros contactos entre jóvenes. El tipo de relación que de

allí se derive, sin embargo, pueden no estar exentas del alcance de las prescripciones parentales, la reproducción naturalizada de los roles de género y las presiones de la pareja.

En el caso de las y los jóvenes migrantes que trabajan en la ciudad, los testimonios dan cuenta de una mayor incidencia de la inestabilidad laboral y el mal pago, en las posibilidades de elección en relación a aspectos de su sexualidad y reproducción. Condiciones estructurales y coyunturales inciden con más fuerza ante un escenario laboral incierto y escasas posibilidades de acceder a mejores trabajos por falta de formación profesional. Sin embargo, el mayor contacto con otros jóvenes mestizos y extranjeros, nutre de nuevas experiencias a las y los jóvenes trabajadores. Entre ellas, la transformación de las prácticas sexuales y el acceso a conocimientos no adquiridos previamente en sus comunidades.

Un tercer grupo indagado por Reartes está constituido por jóvenes del pueblo Chamula que migraron a trabajar a Estados Unidos y regresaron.

La particularidad de este grupo radica en que ofrece la oportunidad de indagar con mayor profundidad acerca de la vulnerabilidad de las y los jóvenes migrantes frente al riesgo de contagio de **VIH-Sida**. Destaca el hecho documentado por varios estudios locales, de que, en el contexto de migración en Estados Unidos los hombres se involucran en comercio sexual sin ninguna medida preventiva. El consumo de alcohol es vinculado a esta práctica por los testimonios de los jóvenes entrevistados, remarcando además que el consumo constituye un problema en sí mismo. En las representaciones más comunes, los jóvenes consideran que se contagian por “ir con mujeres” en el exterior, y “traen” la enfermedad a sus comunidades. De esta manera Reartes señala que

se afianza la representación de la *incurabilidad*, y donde las posibilidades de sanar están asociadas a nociones de fortaleza o debilidad masculina.

Entre las generalidades que se observan en todos los grupos estudiados, destacan los roles de género que asumen hombres y mujeres, donde la pasividad es asociada a la mujer y la idea de actividad a los varones. Estas representaciones dominantes, señala Reartes, que son tan frecuentes en otros contextos de estudios, observan escasa modificación en las trayectorias sexuales y reproductivas de estos grupos. Así, una vez más, la puja por la instalación de nuevas formas de pensar y actuar en la realidad, deja sin embargo casi inamovible las desigualdades de género, que continúan reproduciéndose, en desmedro de la libertad de acción femenina.

En este sentido, la construcción de la sexualidad femenina y la decisión de migrar están más vinculadas de lo que se supone. Este trabajo muestra con claridad las motivaciones que tienen específicamente las mujeres a diferencia de los varones de la misma edad, para migrar. Entre ellas y en términos generales se refleja el deseo de eludir el control sobre su persona y fundamentalmente sobre su sexualidad, por parte de la familia y la comunidad. Migrar permite eludir al menos temporalmente, las presiones para formalizar una pareja, y hace posible acceder a otras experiencias, retrasando la unión.

Sin embargo, esto no significa que las normas de control de la sexualidad hacia las mujeres no se reactiven fuera de la comunidad. En todo contexto, sea rural o urbano funciona el control hacia la sexualidad diferenciado por género. Aún así el alejamiento supone aumento de la autonomía en la propia trayectoria sexual y reproductiva. Como muestra Reartes, la distancia posibilita implementar “nuevas prácticas juveniles emergentes”. Estas también están

influenciadas por el contacto entre las y los jóvenes migrantes en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas y el turismo internacional viviendo allí. De esta forma, surgen nuevos modos de pensar y actuar, en contacto con nuevas realidades fuera de las comunidades de origen.

A los largo de los capítulos centrales de la investigación, se observa cómo las fuerte construcciones de roles de género posicionan de manera diferencial a las y los jóvenes indígenas del estudio, frente a las decisiones que toman en relación a su sexualidad y reproducción. Un ejemplo se observa en la manera en que el temor al embarazo está sobredimensionado, en relación, por ejemplo, a la posibilidad de contraer una Infección de Transmisión Sexual (ITS). Nuevamente las acciones de tipo “preventivas” que se ordenan alrededor de este temor son diferentes en varones y mujeres. Específicamente el temor al embarazo hace que las mujeres eviten las relaciones de noviazgo como una forma “segura” de prevenir embarazos no planificados, los cuales pondrían fin a sus estudios o su estancia en la ciudad. El embarazo significa muchas veces, el retorno a sus comunidades y el fin de los proyectos de vida pensados para desarrollar fuera de ellas.

Para el caso del HIV-Sida y su relación con los jóvenes varones migrantes, Reartes encuentra que este grupo deposita expectativas y sentido de seguridad al relacionamiento sexual fundamentalmente con mujeres originarias de su región. En tanto, vinculan directamente el contagio de HIV-Sida con el contacto con “el afuera” entendiendo por esto fundamentalmente a mestizos y extranjeros. Así la relación sexual con parejas entendidas como “cercanas” es pensada como una salvaguarda al riesgo que presupone el

contagio, en desmedro de otras prácticas preventivas, específicamente el uso de condón.

Se evidencia que persisten las dificultades en la adopción del condón como método de protección, así como la adopción del *sentido* que conlleva utilizar este método: la protección. Ya sea para prevenir el contagio de ITS o el embarazo, los sentidos otorgados difieren muchas veces de la práctica que implica su uso constante durante las relaciones sexuales. Prácticas y sentidos de las prácticas no son necesariamente asociados. Como en otros contextos se ha demostrado, estar en posesión de un conocimiento no significa necesariamente generar acciones que impliquen su implementación. Conocimiento y práctica pueden ir en diferentes direcciones.

Finalmente, *Migración y Sexualidad* hace un aporte central al contribuir a otorgar voz a un grupo de personas como las y los jóvenes indígenas migrantes, quienes requieren de la atención particular de las ciencias sociales. En un contexto de cambios notables como los que estos jóvenes relatan, se nos invita a seguir pensando acerca del impacto que la movilidad tiene en las trayectorias vitales de las personas.

Esperamos que esta reseña invite a la lectura de la sólida investigación escrita por Diana Reartes.